

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 83.

Alicante 22 de Junio de 1872.

Año III.

DEBERES CIVILES DEL PÁRROCO.

I.

Hay un hombre en cada parroquia que no tiene familia, pero que pertenece á la familia de todo el mundo; á quien se llama como testigo, como consultor ó como agente en todos los actos mas solemnes de la vida civil; sin el cual no se puede nacer ni morir; que toma al hombre del seno de su madre, y no le deja hasta el sepulcro; que bendice ó consagra la cuna, el tálamo conyugal, el lecho de la muerte y el féretro; un hombre á quien los niños acostumbran á amar, á venerar y á temer, á quien llaman padre hasta los desconocidos, á cuyos piés corren los cristianos á depositar sus mas íntimas confianzas, sus lágrimas mas secretas; un hombre que por su estado es el consolador de todas las miserias del alma y del cuerpo, el intercesor por la riqueza y por la indigencia, que vé al pobre y al rico llamar por su turno á la puerta de su casa, el rico para poner en ella su oculta limosna, y el pobre para recibirla sin rubor; un hombre que sin hallarse en un

rango social determinado, se halla al nivel de todas las clases, de las inferiores por su vida frugal, y muchas veces por la humildad de su nacimiento, de las clases elevadas por la educacion, la ciencia y aquella elevacion de sentimientos que inspira y manda una religion de caridad; un hombre, en fin, que todo lo sabe, que todo puede decirlo, y cuya palabra cae de lo alto sobre las inteligencias y sobre los corazones con la autoridad de una mision divina y el imperio de una fé á toda prueba.

Este hombre es el Párroco. Nadie puede hacer á los hombres mayor bien ó mayor mal, segun sepa cumplir ó quiera desconocer su elevada mision social.

¿Qué es un Párroco? Un ministro de la religion de Jesucristo encargado de conservar sus dogmas, de propagar su moral, y de administrar sus inmensos beneficios á la porcion del rebaño que se le ha confiado.

De estas tres funciones del Sacerdocio dimanán las tres cualidades bajo las cuales vamos á considerar al Párroco, es decir, como sacerdote, como moralista y como admi-

nistrador espiritual de los tesoros del Cristianismo en la comunión de los fieles. De aquí derivan igualmente las tres especies de deberes que debe llenar, para ser del todo digno de la sublimidad de sus funciones sobre la tierra, y del aprecio ó veneración de los hombres.

Como sacerdote y conservador del dogma cristiano, los deberes del Párroco no son propios de nuestro exámen ni accesibles á nuestra investigación. El dogma misterioso y divino por su naturaleza, dictado por la revelación, aceptado por la fé, esta virtud que eleva sobre sí misma la inteligencia humana, está fuera de toda crítica; de ella el Párroco, así como el fiel, es responsable tan solo á su conciencia y á su Iglesia, única autoridad que representa. Sin embargo, en esto mismo la razón ilustrada del sacerdote puede influir en la práctica sobre la religión del pueblo confiado á su enseñanza. En épocas de tinieblas y de ignorancia, ciertas credulidades del vulgo, algunas supersticiones populares se han confundido con las sublimes creencias del verdadero dogma cristiano.

La superstición es el abuso de la fé, y el ministro ilustrado de una religión, que lejos de tomar las luces del siglo es la luz eterna de todos los siglos, porque de ella viene toda luz, debe disipar todas las sombras que mancillan su santidad augusta, y que solo sirven para que hombres mal prevenidos confundan al Cristianismo, á esta civilización

práctica, á esta razón soberana con las piadosas industrias ó las credulidades groseras de aquellos cultos, cuyo fundamento es el error ó el engaño. El deber del Párroco es el de dejar que vayan cayendo estos abusos de la fé, é ir reduciendo las creencias populares toleradas por demasiada condescendencia á la misteriosa sencillez del dogma cristiano, á la meditación de la moral y al desarrollo gradual de sus obras de perfección. La verdad no tiene necesidad alguna del error, y las sombras de nada sirven á la luz.

Si consideramos al Párroco como moralista, su encargo es todavía mucho más decoroso. El Cristianismo es una filosofía divina escrita de dos maneras; como historia en la vida y muerte de Jesucristo, como precepto en los documentos divinos que ha dado al mundo. Estas dos palabras del Cristianismo, el precepto y el ejemplo, se hallan reunidas en el nuevo Testamento ó sea en el Evangelio, que el Cura no debe soltar jamás de la mano, ni apartar de su vista ni de su corazón, pues que un buen sacerdote es un comentario animado de este divino libro. Cada una de sus misteriosas palabras responde precisa y exactamente al pensamiento que se pregunta, y encierra un sentido práctico y social, que ilustra y vivifica la conducta del hombre.

No hay verdad moral ó política que no tenga su germen en algún versículo del Evangelio. Todas las filosofías modernas han comentado

alguno y lo han olvidado muy luego: la verdadera filantropía ha nacido de su primer precepto, en que se compendian todos los otros, que es la caridad. La libertad verdadera ha marchado siempre en el mundo á la par del Evangelio, y á su luz no ha podido subsistir ninguna de aquellas servidumbres que degradan al hombre. La igualdad política ha nacido del reconocimiento que nos manda hacer de nuestra identidad de origen y de redención, y de nuestro vínculo de hermanos delante de Dios. Las leyes se han hecho mas dulces, las costumbres inhumanas se han ido aboliendo, las cadenas han caído, la mujer ha vuelto á recobrar el respeto en el corazón del hombre. A medida que la voz de la religion ha resonado en los siglos, ha hecho desplomar un error ó una tiranía, y pudiera decirse con completa verdad que el mundo actual todo entero, con sus leyes, sus costumbres, sus instituciones y sus esperanzas, no es otra cosa que el Verbo ó la palabra evangélica mas ó menos incorporada en la moderna civilización. Pero su obra está muy distante aun de verse cumplida: la ley que va adelantando siempre en la senda de la perfección, que es la idea activa y poderosa de la razón humana, es tambien la ley del Evangelio, que nos prohíbe separarnos del bien, nos impela siempre á lo mejor, nos prohíbe el desesperar de la humanidad ante la cual nos abre siempre horizontes mas luminosos, y

cuanto mas penetra en nuestros ojos su lumbré soberana, mayor número de promesas leemos en sus misterios, de verdades en sus preceptos, y de esperanzas en nuestros destinos.

Cuando el Párroco, pues, tiene en sus manos este divino libro, tiene tambien el código de toda la civilización y de toda la política. No ha de hacer mas que abrirle, leerle, y derrama en torno de sí el tesoro inagotable de luz y de perfección, cuya llave le ha confiado la Providencia. Pero su modo de enseñar debe ser duplicado como el del mismo Jesucristo, esto es, con la vida y con la palabra. Su vida debe ser, en cuanto lo permita la debilidad humana, la explicación sencilla de su doctrina, una palabra viviente. La Iglesia le ha colocado mas bien como ejemplo que como oráculo; la palabra puede faltarle, si la naturaleza le hubiese privado de este don precioso; pero la palabra que se dá á entender á todos es la vida, porque no hay lenguaje alguno entre los hombres tan elocuente ni tan persuasivo como el de la virtud.

El Párroco es además administrador espiritual de los Sacramentos de la Iglesia, y de los beneficios de la caridad. Sus deberes en esta parte se parecen á los de todo buen administrador. Como debe tratar con los hombres, debe tambien conocerlos; y debiendo tocar por sí mismo las pasiones humanas, debe tener una mano blanda y suave

llena de prudencia y de moderación. Las faltas, los arrepentimientos, las miserias, las necesidades, las indigencias de la humanidad están en el orden de sus atribuciones: debe, pues, poseer un corazón como una fuente inagotable de tolerancia, de misericordia, de mansedumbre, de compasión, de caridad, de perdón.

Su puerta ha de estar abierta á todas horas para el que llame á ella, su lámpara siempre encendida, el báculo siempre en su mano: para él no debe haber ni estaciones, ni distancias, ni contagio, ni sol, ni nieve, cuando se trata de llevar el bálsamo al herido, el perdón al culpable, ó su Dios al moribundo. A su presencia, como en la de Dios, no ha de haber rico ni pobre, pequeño ni grande, sino hombres, nada mas que hombres, es decir, hermanos en miserias y en esperanzas.

Mas al paso que no debe rehusar á nadie su ministerio, tampoco debe ofrecerle sin discrecion á los que le desdeñan ó desconocen. La caridad tan bella como es, si es importuna agría y repugna mas bien que atrae; casi siempre debe esperar que vengan á ella ó que la llamen los que la necesiten.

Tal debe ser la conducta social y piadosa del Párroco bajo los conceptos que se acaban de esponer, en quien, además, se encuentran y deben considerarse otros caractéres no menos importantes y trascendentales en la vida de la sociedad,

que serán objeto del artículo siguiente.

ANIVERSARIO DE PIO IX.

El dia 16 del mes actual han cumplido veinte y seis años que el agosto Pontífice felizmente reinante fué elevado á tan alta y distinguida dignidad; veinte y seis años que el Cónclave cardenalicio con la asistencia del Espíritu Santo elevó á la silla de San Pedro á Juan María Mastay Ferreti, conocido ya en todo el mundo por su caridad evangélica y sus virtudes, por su grandeza de alma, por sus innumerables penas y sufrimientos á toda prueba.

¿Quién padeció como él? ¿Quién sufrió tanto como él? ¿Quién como él ostentó un temple de alma y una serenidad inquebrantable en medio de las deshechas tormentas que por todos lados le acometen? ¿Quién como él defendió tan valerosa y heroicamente los derechos y fueros de Jesucristo, que son los de su Iglesia, cuyo gobierno le está divinamente encomendado? ¿En qué punto de la historia se descubre una figura tan culminante y tan interesante á la vez? El juicio de los venideros le hará justicia, y el Cielo, no lo dudamos, premiará sus extraordinarios y meritorios actos.

La gloriosa epopeya que constituye su historia, en la que aparecen como astros resplandecientes la declaración dogmática de la Inma-

culada Concepcion y el Concilio ecuménico del Vaticano, historia saturada de amargura por tantos enemigos como le rodean, no ha terminado aun.

Dias de luto y de gloria deben estar reservados todavía para el augusto anciano que, encerrado en su propia casa y sin mas recursos que los que le ofrece el amor de sus fieles hijos, constituye por su dignidad, virtudes y entereza, la mas sublime y heróica figura de la edad presente.

La vida atribulada de nuestro buen Pontífice entrará en vias de bonanza, tranquilidad y consuelo? ¿Verá á la Iglesia triunfante de todos los enemigos? Nosotros creemos, inspirándonos esta creencia la Providencia divina, que los padecimientos de Pio IX y de su Iglesia no han de ser indefinidos, que han de tener un pronto término, levantándose mas magestuosa y radiante la autoridad de la Iglesia, porque así nos lo enseña la série de acontecimientos que nos precedieron, y, sobre todo y mas que todo, la promesa de Jesucristo hecha á su Iglesia, promesa que no puede faltar aunque falten el cielo y la tierra.

No desmayemos, pues, combatidos por los tiempos calamitosos que atravesamos, antes bien elevando fervientes votos al cielo, oremos y oremos sin cesar por el triunfo pronto y por la paz de la Iglesia. La oracion es la poderosa é invencible arma del hijo del Crucificado; la oracion alcanza tanta fuerza que

ella sola es bastante á trasformar el mundo. Dejemos que los hombres que pertenecen á este y solo en él confían, sometan sus contiendas á las armas materiales, que matando nunca dan vida; nosotros, por el contrario, levantando nuestro espíritu á Dios *pidamos* sin cesar, *llamemos* de continuo á su puerta, seguros de que alcanzaremos el socorro y se nos abrirá la puerta de nuestra dicha, porque Dios lo ha prometido así, y *la palabra de Dios permanece eternamente*.

Como complemento de esta oracion, pidamos á Dios que vele por la preciosa salud de nuestro soberano Pontífice, para bien de la humanidad y de la Iglesia. La humanidad se precipita sin brújula por el océano de su perdicion: ¡que el Pontífice la guie como faro de salvacion! La Iglesia gime bajo el peso de tantas iniquidades que de continuo la acometen: que el Pontífice enjague sus lágrimas, recibiendo del Cielo el ramo de oliva como símbolo de la paz universal! Oremos por Pio el grande! Oremos por la Iglesia! Oremos siempre, oremos!!!

PIO IX

y los enemigos de la Iglesia.

Nuestro muy amado y santísimo Padre Pio IX continúa siendo la gloria de la Iglesia y la admiracion del mundo, por la dulzura y la invencible firmeza con que defiende y sostiene los derechos

de la Santa Sede, que son los nuestros porque son de todos los católicos. Con una fortaleza de alma y una serenidad de espíritu que nada es capaz de turbar; con una confianza en el triunfo de su causa que nada puede disminuir, domina ese universal trastorno y esas amenazas del porvenir que espantan, con razón, á los pueblos y á los reyes.

A lo menos hay un Rey en la tierra, que quiere y sabe cumplir su deber. Y no se crea que es un rey, de esos que son muy poderosos, que están rodeados de soldados, de individuos de policia y de jueces obedientes; es un débil anciano vencido, abandonado, cautivo y alevosamente vendido. Carece de aliados y de tesoros. De su pueblo, vendido y cautivo como él, no le queda mas que el corazón. Su grande alma está destituida de toda esperanza humana. Cargado de años (1),

cúmplense, sin embargo, en 16 del corriente mes veintiseis que lleva el peso de la corona y sufre el horror de las traiciones. Y no obstante él es el rey, el único rey, y hasta podríamos decir el único hombre grande que exista en la tierra. Él es el hombre notable que hace todavía honor á la humanidad. La huma-

(1) Como documento curioso, y que no puede dar lugar á duda acerca de la edad de nuestro santo padre Pio IX, transcribimos el siguiente documento.

«Domingo 13 de mayo de 1792.

El ilustrísimo señor Juan Maria, Juan Bautista, Pedro Pelegrin, Isidoro, hijo del noble conde señor Gerónimo Mastai Ferretti; y de la noble condesa señora Catalina Solazzi, esposos, ha sido bautizado por el Reverendísimo señor canónigo D. Andrés Mastai. La comadrona ha sido Gerónima Morini. Ha nacido en el día de hoy á la una y tres cuartos de la mañana.»

«Pedro Venturini, Vicario perpétuo.»

nidad pasada vió pocos hombres tan grandes como él; la humanidad actual, tan cobarde en presencia de los vencedores, nada puede, á nada se atreve, y ni aun es capaz de igualarse á ese vencido. Él es el hombre: ¡*Ecce Homo!* El mismo Pilatos lo dice á los que piden á Barrabás, y los gobernados por Pilatos, súbditos de Barrabás, á su vez lo dicen también. No tienen odio sino á ese hombre y admiración hácia él.

Los católicos tenemos motivos de bendecir y dar gracias á Dios. En la persona de Pio IX, pontífice y rey, vemos marcado el soberano brillo de la dignidad humana, en medio de este siglo conjurado para envilecerla. En efecto, sin este ángel jamás nos hubiéramos visto amparados de semejante modo. Como Jacob, Pio IX lucha contra Dios irritado para salvar la dignidad del género humano, y no será vencido. Dios es quien se dejará vencer. Nosotros nos animamos y nos enaltecemos con la majestad de nuestro Gefe y de nuestro Padre: en él nos remontamos á nuestro rango de honor, y nos colocamos muy por encima de esa abyecta cáfila de hombres que no quieren creer que hay Dios, ó que si lo creen, quisieran que no le hubiese. Pio IX nos conserva Dios y lo conserva al género humano depravado. Sin nuestro amado Pontífice estaríamos seguramente envilecidos como esas muchedumbres engañadas y cobardes, que se dejan llevar á los asesinatos y al robo, los unos por gefes ébrios de vino y de orgullo, los otros por hambrientos merodeadores y por nulidades ambiciosas; estos, crédulos á todo engaño, aquellos, sumisos á todo baldon. Pio IX está ahí para consolarnos y darnos valor en vista de ese innoble espectáculo que da el mundo, organizado en todas partes contra la razón y el honor, y dirigido, con frecuen-

cia, por hombres encenegados en el vicio y que son la espresion viva de la abominable y desvergonzada corrupcion de nuestro siglo.

Mas ¡cuán bien se burla Dios de ellos! ¡Irridebit! Aunque se tienen por los mas hábiles y fuertes, y como conquistadores en todas partes se han hecho los amos, ninguno ha podido llegar al colmo de su ambicion y verse el primero en determinado sitio. El primer puesto, el grande primer puesto de la época y de la posteridad, no le tendrán. Está tomado por el vencido, por el débil Anciano; él lo guarda, y la historia de ellos no será sino una página y un episodio de la suya.

Así pues, no ocupando el primer lugar, ni son los amos ni triunfan. El verdadero amo, el triunfador tranquilo y perpetuo, aquel á quien el sentimiento universal dedicará una estatua de oro, aquel que tendrá una gloria permanente, y de la que ha entrado ya en posesion, es ese anciano y venerable cautivo que uno de ellos tiene encerrado en Roma dentro del Vaticano. Han puesto trabas á su cuerpo, es cierto; pero tiene libre su lengua, y con las palabras que profiere, les señala su sitio y su participacion; su sitio, rendidos á sus pies; su participacion, la ignominia eterna. El cautiverio del bondadoso Anciano durará un dia; pero sus opresores serán maldecidos por la posteridad, y castigados eternamente, si no se convierten.

Por mucho que hayan podido lograr hasta el presente por medio de tantos esfuerzos, no han podido tomar en Roma sino el puesto de carceleros, y el Vaticano, que desprecian, ha venido á ser un Siná y un Tabor. Que hagan ahora leyes; la única ley viene promulgada del Siná. Que conquisten provincias; la única gloria irradia del Tabor.

Que ordenen empresas y urdan maquinaciones; nunca dejarán de ser unos traidores incorregibles, aplaudidos por cobardes. Allí donde Dios ha puesto la justicia, allí está la paz y allí estará la victoria. Ellos jamás podrán sobornar ni corromper la conciencia humana, la cual rendirá testimonio á la justicia, se enamorará de la grandeza, y el reinado de los malos tendrá fin, dice Luis Veillot; y entonces podrá esclamar Pio IX como cántico de triunfo:

“Vuestras bondades, Señor, son inagotables, y vuestra infinita misericordia se estiende á todas las generaciones de siglo en siglo.

“Me hallaba en el borde del abismo, mis enemigos me empujaban para precipitarme á él; pero el Señor me recibió en sus brazos.

“Me rodeaban como un leon; pero yo me reí de su furor, y los veo espirar á mis piés.

“Como la llama devoradora, me cercaban para consumirme; pero yo invoqué vuestro santo nombre, ó Señor, y Vos me libertasteis.”

Y ciertamente, la Justicia divina va haciendo desaparecer á todos sus enemigos; pues como la causa de la Iglesia es la causa de Dios, nadie insulta impunemente á la Divinidad.

El célebre agitador Mazzini, que se prometia celebrar las exequias del papado, ha muerto, y Pio IX soporta valerosamente el peso de sus ochenta años.

Un diario de Roma ha puesto de manifesto curiosas coincidencias con motivo de la muerte del antiguo tribuno de la Ciudad santa, espresándose en estos términos:

“Mazzini falleció el primer dia de la novena de San José, cuyo nombre indignamente llevaba; el dia tercero del tri-

duo solemne dedicado á San Pedro, cuyos derechos sagrados habia combatido durante toda su vida; en el momento en que iba á trasladarse á Roma para llevar á cabo su obra de maldicion y gozar de su victoria infernal, y por último, en el instante mismo en que Pio IX, prisionero de sus sectarios, recordaba como inspirado, en presencia de una reunion escogida de fieles romanos, este fatal grito de guerra: *Agitad, agitad todavía*, con el cual, despues de haber recorrido la Italia y el mundo durante un cuarto de siglo, Mazzini se presentaba ante el tremendo tribunal de Dios.»

Por mas que los demagogos le ensalzen y elogien de la manera mas ridicula, nosotros recordaremos siempre estas admirables palabras de San Agustin; *Laudantur ubi non sunt, cruciantur ubi sunt*: son elogiados en donde no están, y son atormentados en donde están.

En los periódicos se leen casi todos los dias nuevos actos de la justicia de Dios, ejercida contra los sacrilegos invasores de los Estados pontificios. Muchos de esos miserables terminan sus dias como Judas; ellos mismos son sus propios verdugos.

El *Univers* nos refiere, que habia en Roma un cierto Lori, apellidado Raneighetta, carnicero de profesion, y muy conocido en el mundo patriotero. Fué uno de los mas celosos forjadores del plebiscito. No contento con reclutar en su clase y en el bajo pueblo á todos los que podia llevar al Capitolio para declarar la destitucion y proscripcion del Papa, cuando tuvo lugar la anexion, por la noche se entretenia en ir á pintar en las paredes de las casas de los *caccialpri* un enorme *si* ú otros simbolos análogos, en todas las circunstancias en que la revolucion debia hacer ostentacion de su fuerza. Este desgraciado se arrojó

por la ventana el dia siguiente al de la muerte repentina del general Cugia.

Es verdad que los revolucionarios afectan despreciar *nuestro dedo de Dios*, como ellos lo llaman; pero no le desprecian sino con los labios. Sienten que Roma les es fatal, y al paso que gritan: «¡Roma! ¡Roma!» procuran estar de ella lo mas lejos posible. ¡Necia precaucion! porque el *dedo de Dios* es bastante largo para alcanzarlos mas allá de los muros de la Ciudad santa; pero ellos se encuentran mejor en otra parte que allí. ¡Lo que pueden el miedo y la conciencia! si es que esas turbas de fanáticos tienen conciencia y son capaces de sentir remordimientos por el daño que causan al mas bueno de los Padres y al mas santo de los Pontífices.

(Propagador francés.)

Con el título *Esperanza y Caridad* la *Propaganda católica* de Pá-lencia insertó la siguiente leyenda:

(Conclusion.)

III.

«Á la mañana siguiente, se levantó muy temprano, vistiéndose sencillamente; su traje de luto convenia perfectamente para la visita que pensaba hacer. No dijo nada á Juana de su proyecto, pues tenia pudor de su buena accion, y sin ninguna compañía, se dirigió al arrabal, á pesar de la menuda lluvia que caia.

«—¿Qué se diria si me vieran así? se preguntó, al caminar como á hurtadillas y huyendo todo encuentro.—¡Ba! que importa el qué dirán: estoy bien defendida contra él con mis cincuenta y tres años...

«Llegada al arrabal, se encontró con una pobre mujer á quien pidió las señas de la calle que buscaba. La indicó una estrecha y súa, cuyo solo aspecto la inspiraba cierta repulsion. Buscó el número 6; mas qué casa, era una miserable choza medio arruinada; la puerta desvencijada dejaba entrar por cien partes el aire y la lluvia; mas que ventana era un agujero lo que se veía al lado; parecía imposible que allí se pudiera vivir.

«D.^a Teresa llamó suavemente á la puerta, y una voz débil la respondió:— Adentro. Al penetrar en la habitacion y verse en medio de aquella pobre familia, se sintió embarazada; experimentaba la vergüenza generosa, y la noble timidez del rico y poderoso á la vista del indigente y desgraciado—sentimiento delicado que á los ojos del Señor, acaso rescata y purifica las riquezas.

«—He sabido que estaba V. enferma, dijo á la pobre mujer que toda temblorosa se habia levantado á su entrada, y venido á visitarla.

«—Es V. demasiado buena, señora, tenga V. la bondad de sentarse, respondió confundida, limpiando á la vez con el delantal la silla que la ofrecia.

D.^a Teresa se sentó y dirigió una mirada á su alrededor. El espectáculo que se ofreció á su vista era angustioso en extremo. El viento y la lluvia entraban por diferentes partes en la habitacion, sin que lumbre alguna atenuára su rigor.

El hogar estaba vacío, viéndose solamente en él un poco de ceniza esparcida. No habia mas muebles que una mesa, una silla, un taburete, un par de groseros platos y pucheros esparcidos por el suelo, y un lecho miserable. En él sobre un triste jergon y envuelto en una grasienta y rasgada manta, yacia el tio

Simon; á la entrada de la señora de Velasco, se habia quitado el pañuelo que le cubria la cabeza, dejando ver un semblante jóven todavía é inteligente, pero cruelmente surcado por el doble buril de la miseria y de la enfermedad. Su mujer apenas convaleciente, pálida y débil todavía, cosía un vestidito para una muñeca; dos tiernos niños, varon y hembra, estaban sentados sobre el hogar; un jóven de catorce años leía junto al lecho de su padre.

«—Esta habitacion está muy poco abrigada para un enfermo.

«—Así es, señora; pero no podemos tomar otra, respondió tristemente la pobre mujer, nos la dan por una renta muy insignificante; por lo demás, á todos nos hace daño, pero especialmente á mi pobre marido.

«—Sin embargo, parece que va mejorando.

«—Bien poco á poco, señora.

«—¡Y necesito tanto trabajar! dijo el enfermo. Estoy acomodado en los talleres del ferro-carril, y hay en ellos ahora mucho trabajo; así que podría ganar muy buenos jornales si no estuviera en la cama.

«—Pero V., ¿mi buena mujer, trabaja?

«—Poca cosa, señora; tenia bastantes encargos para una tienda de juguetes que siempre me proporciona labor, pero la enfermedad me ha impedido cumplirles, y me han recogido la obra. Mi pobre hijo tuvo tambien que suspender el trabajo para asistirnos, cuando mi esposo y yo estábamos á la vez en la cama, y ahora ya no tiene jornal... Es albañil, y por los malos tiempos y la estacion en que estamos, apenas hay trabajo, pues se hacen pocas obras.

D.^a Teresa oía, examinaba, y su corazón se llenaba de compasion. Admi-

raba la resignación del pobre y honrado pueblo, que tanto sufre y tan poco se queja. Para captarse su simpatía acariciaba á los niños que se habian levantado para verla y la contemplaban con sorpresa. De pronto la niña apoyó su hermoso rostro en la mano que la acariciaba, y rompió á llorar.

«—¿Qué tienes, la preguntó dulcemente D.^a Teresa, qué tienes, pequeña, dímelo?

«La niña se habia echado en el suelo, y repetía sus sollozos. Por fin se decidió y dijo en voz muy baja:

«—Un poco pan para mi hermano y para mí; tenemos mucha hambre.

«—¡Hambre! Dios mio, ¿es posible? exclamó la señora de Velasco. Anda, pronto, vé por pan, leche, carne, y alargó á la vez al hijo mayor una moneda de oro.

«La madre enjugó sus lágrimas y dijo con efusión.

«—Dios os envía, señora, no hemos probado bocado desde ayer á medio día.

«—¿Y este pobre enfermo?

«—He guardado un poco caldo para él: pero está frio y carecemos de lumbre donde calentarlo.

«—Trae tambien manojos, carbon, cualquier cosa.

«El joven obedeció saliendo inmediatamente.

«Las lágrimas de la niña habian derretido el hielo; D.^a Teresa se atrevió á preguntar, y la buena mujer la refirió sus desdichas. Era la historia ordinaria del obrero, á quien la enfermedad ó la falta de trabajo reducen inmediatamente á la miseria. D.^a Teresa penetró por primera vez en la existencia del pobre; pudo apreciar su bienestar precario adquirido á fuerza de sudores, al que suceden bien pronto la miseria y las privaciones, y se dijo á sí misma:

«—¡Y el menor de nuestros caprichos sería bastante para alimentar y vestir á estos desgraciados!

«Luis, el hijo mayor, volvió enseguida, trayendo consigo manojos, pan y carne. Puso un manajo en el hogar y le prendió fuego; los niños extendieron sus amoratadas manos hácia la brillante llama, mientras su madre les partía un rebojo de pan. Calentado el caldo, doña Teresa se le presentó al enfermo, casi desfallecido por falta de alimento, mas á medida que le tomaba, parecia recibir con él la vida, y que nueva y mas generosa sábia calentaba su corazón. Volvió á sentarse junto al fuego: la madre contemplaba transportada á sus hijos alimentados y calentados y á su marido que se figuraba ver ya salvado; pero no podia expresar su reconocimiento: las lágrimas ahogaban su voz y hablaban por ella.

«—No se turbe V., mi buena y querida mujer, la dijo con bondad la señora de Velasco: no les faltará ya nada; yo enviaré á V. un colchon, mantas, vestidos, para V. y para los niños, y hasta que su marido haya vuelto al trabajo, yo proveeré á todos las necesidades.

«Mientras hablaba, los ojos de doña Teresa habian fijado en el libro que Luis leía á su entrada. Era un pequeño volúmen sencillamente encuadernado: abrióle y vió que su título decia: *EL TRABAJO por un socio de las Conferencias de San Vicente de Paul*, mas encima de aquel leyó estas palabras escritas con carácter de letra elegante y hermosa: *Á LUIS GOMEZ, recuerdo de su amigo EDUARDO DE VELASCO.*

«No podia creer lo que veian sus ojos; pálidas y temblorosas las manos, estrechaba contra su corazón el libro, contemplaba aquella letra que tambien co-

nocia, aquel nombre querido, y no sabia explicarse cómo se hallaba un recuerdo tan precioso en aque!!a miserable choza. Por fin, dominando su emocion, preguntó á Luis.

»—¿De dónde te ha venido este libro?

»—Me le ha dado un señorito en la escuela de adultos á donde iba todas las noches.

»—¿Qué escuela es esa?

»—Es una establecid por los sócios, la *Propaganda católica*. Allí nos dan ellos mismos lecciones de lectura, de escritura, aritmética, geografia, historia, y sobre todo, de doctrina é historia sagrada. Nos encargan mucho el cumplimiento de nuestros respectivos deberes, y en especial las prácticas religiosas, la frecuencia de los santos Sacramentos, y en determinados dias solemnes vamos todos los alumnos á comulgar con los señores de *La Propaganda*. Es una hermosa y excelente institucion, que cada año adquiere mas interés é importancia, y cuenta cada dia con mayor número de alumnos. A esta escuela van muchas personas, especialmente jóvenes obreros, que por la pobreza ú otras causas no hemos podido asistir á las escuelas de la ciudad; y en ella se nos enseña, no solamente todo lo que á un hombre le conviene saber, sino que principalmente, á ser trabajadores, honrados y buenos cristianos.

»—Magnífica es ciertamente la institucion de esa escuela, y que todos los hombres de bien están en la obligacion de protegerla, contribuyendo á su sostenimiento del modo que le sea posible. Pero ¿el señorito que te ha dado el libro, iba tambien á la escuela? preguntó la pobre madre, mezclando con lágrimas sus palabras.

»—Ya lo creo que iba; primero asistia solamente alguna que otra noche

con un amigo que le enteraba de lo que allí se hacia, pero despues asistió todos los dias.

»—¿Y él mismo te daba leccion?

»—Sí señora, él me enseñó á contar y sé las cuatro reglas, él me instruyó tambien para la primera comunion. Era muy buen señor. ¡Con qué devocion estaba en la iglesia! era preciso verlo. Nos han dicho que ha muerto en la guerra de Cuba y todos lo hemos sentido mucho... Le hemos encomendado á Dios, ofreciendo una comunion por el descanso de su alma. Todos hemos llorado... á mí me habia dado este libro antes de partir.

»D.^a Teresa lloraba; la mujer del tio Simon la preguntó dulcemente, porque su instinto maternal adivinaba la llaga que iba á tocar.

»—¿Conocia V. acaso á ese excelente joven?

»—¡Demasiado! era mi hijo, exclamó. Las lágrimas de la otra madre se mezclaron con las suyas.

»—Ha hecho tanto bien á nuestro Luis, decia; siempre nos estaba hablando de él: yo conocia bien al señorito Eduardo sin haberle visto jamás.

»D.^a Teresa le estrechó la mano.

»—Yo tendré cuidado de vuestro hijo, añadió; es un piadoso legado que me hace el mio desde el cielo.

»Una vez de vuelta en su casa, doña Teresa corrió á encerrarse en su gabinete, tomó el retrato de Eduardo y le cubrió de besos. Esta revelacion inesperada venia á dar nueva expresion á este semblante de una belleza á la vez escética y viril. La madre vió en él claramente que hasta entonces no habia hecho mas que vislumbrar, las tres virtudes del Cristianismo, caridad ardiente, castidad austera y humildad profunda, grabadas en caractéres, tan nobles com

expresivos, en el semblante de su hijo. Cuando vivía, sabía que tenía principios sólidos y un alma religiosa; mas había ignorado, no pudiendo descubrirlas bajo el modesto velo con que las ocultaba, las obras cristianas con que el jóven militar alimentaba su fe. La parecía que desde la otra vida su hijo la había revelado sus secretos, y que la convidaba á buscar su consuelo en donde habia hallado él la fuerza y la virtud. Comprendia ahora mejor á su hijo; le habia visto tímido en las reuniones del mundo pero esforzado y heróico en defensa de la pátria.

»D.^a Teresa de Velasco fue fiel á la dulce y poderosa voz que la hablaba de entre los muertos. Pidió y obtuvo su admision en la Conferencia de San Vicente del Paul, de que fue en adelante una de las sôcias mas celosas y activas. Adoptó los pobres que se figuraba legarla su hijo, se consagró enteramente al alivio de sus miserias, y si llora todavia al hijo y al esposo tan amados, la esperanza y la caridad la consuelan: LA ESPERANZA Y LA CARIDAD, estos consuelos de la vida, de que el cielo nos hace una virtud.»

VILLANCICOS

á San Juan Bautista.

Hola pastorcico,
Dime, ¿dónde vas?
Mira que eres chico
Y te perderás.

Pastorcico bello,
Niño delicado,
El rubio cabello
Llevas mal peinado.
Todo apresurado
No sé dónde vas,
Mira que eres chico
Y te perderás.

Huyes al desierto
Á paso tendido,
Á tu Dios despierto
Y al mundo dormido:
Algo has entendido
De lo que serás,
Mira que eres chico
Y te perderás.

Padre y madre dejas,
Dejas la ciudad,
Y á vivir te alejas
Á la soledad;
Tal, en tal edad
No se vió jamas,
Mira que eres chico
Y te perderás.

(Devocionario impreso en Amberes.)

Visita de la Côte de María en la presente semana.

Dia 22.—Ntra. Sra. del Socorro, en su Ermita.

Dia 23.—La Divina Pastora, en las Capuchinas y la Misericordia.

Dia 24.—Ntra. Sra. de los Desamparados, en San Francisco.

Dia 25.—Ntra. Sra. de la Asuncion, en Sta. Maria y la Misericordia.

Dia 26.—La Inmaculada Concepcion de Maria, en S. Nicolás y Sta. Maria.

Dia 27.—Ntra. Sra. de los Remedios, en San Nicolás.

Dia 28.—Ntra. Sra. de los Dolores, en San Nicolás, Santa Maria y Cármen.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo. En la Colegial á las cuatro y media de la tarde Minerva, en la que predicará D. José Carratalá, teniente cura de la misma.

Viernes. Vigilia y ayuno con abstinencia de carne. En la Colegial á las nueve misa de vigilia.

Sábado. Los SS. Apóstoles Pedro y Pablo. En la Colegial predicará en la misa conventual el Dr. D. Casiano Quilez, magistral.